

# Descolonizar la transición energética en África del Norte

*Hamza Hamouchène*

## **Introducción**

Hace tiempo que se habla del potencial del desierto del Sahara, en el norte de África, para generar grandes cantidades de energía renovable gracias a su clima seco y a sus vastas extensiones de tierra. Durante años, los europeos, en particular, lo han considerado una fuente potencial de energía solar que podría satisfacer una parte considerable de la demanda energética europea. En 2009, una coalición de empresas industriales e instituciones financieras europeas puso en marcha el proyecto Desertec, una ambiciosa iniciativa para abastecer de energía a Europa a partir de plantas solares saharianas.

El proyecto se fundó sobre la hiperbólica idea de que una minúscula superficie del Sahara puede satisfacer la demanda total de electricidad del mundo. Así pues, en la primera década de este siglo, un consorcio “internacional” de empresas formó la Iniciativa Industrial Desertec (Desertec Industrial Initiative [Dii]) con accionistas de peso como E.ON, Munich Re, Siemens y Deutsche Bank. Se formó como una iniciativa del sector privado liderada en gran medida por

Alemania, con el objetivo de convertir el concepto de Desertec en un proyecto empresarial rentable al suministrar en torno al 20 % de la electricidad de Europa para 2050 mediante cables de transmisión de corriente continua de alta tensión (Hamouchène, 2015).

El proyecto Desertec, orientado a la exportación, debe considerarse en un contexto de acuerdos comerciales favorables a las empresas y de lucha por la influencia y los recursos energéticos, que recuerda a los esquemas coloniales de apropiación y saqueo. En ellos, el Sahara suele describirse como una vasta tierra vacía, escasamente poblada, que representa un Eldorado de la energía renovable, constituyendo así una oportunidad de oro para suministrar electricidad a Europa y que esta pueda continuar con su extravagante estilo de vida consumista y su derrochador consumo energético. Sin embargo, esta narrativa engañosa ofusca las cuestiones de propiedad y soberanía. También enmascara las actuales relaciones globales de hegemonía y dominación que facilitan el saqueo de recursos, la privatización de bienes comunes y la desposesión de comunidades, consolidando así formas antidemocráticas y excluyentes de gobernar la transición.

Tras algunos años de entusiasmo inicial, el proyecto Desertec finalmente se estancó en medio de críticas por sus costes astronómicos y sus connotaciones neocoloniales. Sin embargo, la idea parece haber cobrado nueva vida como posible respuesta a las necesidades de hidrógeno renovable de Europa. A principios de 2020, Dii Desert Energy lanzó la Alianza de Hidrógeno de Oriente Medio y África del Norte, que reúne a actores de los sectores público y privado, de la ciencia y del mundo académico para poner en marcha economías verdes de hidrógeno.<sup>1</sup> Antes de analizar esta supuesta nueva iniciativa, bautizada como Desertec 3.0, merece la pena echar un vistazo a algunos grandes proyectos solares norteafricanos que siguieron adelante a pesar de la previa desaparición de los planes Desertec y aprender algunas lecciones sobre cómo la transición hacia las

<sup>1</sup> MENA Hydrogen Alliance: <https://dii-desertenergy.org/mena-hydrogen-alliance/>

energías renovables puede, en realidad, consagrar la desposesión y reproducir los mismos patrones de explotación y saqueo.

## **Transiciones energéticas, desposesión y expropiación**

Algunas transiciones a energías renovables pueden ser de naturaleza extractivista y mantener las mismas prácticas de desposesión, dependencias y hegemonías. Veamos algunos ejemplos de África del Norte (en particular de Marruecos). Todos ellos muestran cómo se reproduce el colonialismo energético en forma de colonialismo o acaparamiento verdes. Si bien es loable el objetivo de Marruecos de aumentar la cuota de energías renovables en su mix energético hasta el 52 % para 2030 en términos de capacidad instalada, es necesario hacer, sin embargo, una evaluación crítica si lo que realmente nos importa no es cualquier tipo de transición, sino una “transición justa” que beneficie a los empobrecidos y marginados de la sociedad, en lugar de profundizar su exclusión socioeconómica.

La planta de energía solar de Ouarzazate se puso en marcha en 2016, justo antes de las conversaciones de las Naciones Unidas sobre el clima (COP22) celebradas en Marrakech. Fue elogiada como la mayor planta de energía solar del mundo y la monarquía marroquí fue declarada campeona de las energías renovables. Sin embargo, si rasamos un poco bajo la superficie, se descubre otro panorama. En primer lugar, la planta fue instalada en las tierras (3 000 hectáreas) de unas comunidades agropastoriles *amazigh* sin su aprobación y consentimiento, lo que constituye una apropiación de tierras para una agenda supuestamente verde (acaparamiento verde). En segundo lugar, este megaproyecto está controlado por intereses privados y se ha construido mediante la contratación de una enorme deuda de nueve mil millones de dólares estadounidenses con el Banco Mundial, el Banco Europeo de Inversiones y otros. Esta deuda está respaldada por garantías del gobierno marroquí, lo que significa potencialmente más deuda pública para un país ya sobrecargado de deudas. En

tercer lugar, el proyecto no es tan ecológico como pretende ser. El uso de energía solar concentrada (Concentrated Solar Power [CSP]) requiere un uso intensivo de agua para enfriar y limpiar los paneles. En una región semiárida como Ouarzazate, desviar el uso del agua del consumo humano y la agricultura es, simplemente, una barbaridad (Hamouchène, 2016).

El proyecto Noor Midelt constituye la Fase II del plan de energía solar de Marruecos y tiene por objeto proporcionar más capacidad energética que la planta solar de Ouarzazate. Se trata de un híbrido entre CSP y energía solar fotovoltaica [PV]. Con ochocientos megavatios [MW] previstos para su primera fase, será uno de los mayores proyectos solares del mundo en combinar tecnologías CSP y PV. En mayo de 2019, un consorcio formado por EDF Renewables (Francia), Masdar (EAU) y Green of Africa (conglomerado marroquí) fue seleccionado como adjudicatario para construir y explotar la instalación en colaboración con la Agencia Marroquí de Energía Solar [MASEN] durante un periodo de veinticinco años. Hasta la fecha, el proyecto ha contraído deudas por valor de más de dos mil millones de dólares estadounidenses con el Banco Mundial, el Banco Africano de Desarrollo, el Banco Europeo de Inversiones, la Agencia Francesa de Desarrollo y KfW (NS Energy, s. f.).

La construcción del proyecto comenzó en 2019 y su puesta en marcha está prevista para 2024. El complejo solar Noor Midelt será desarrollado en un terreno de 4 141 hectáreas situado en la meseta de Haute Moulouya, en la región central de Marruecos, a unos 20 km al noreste de la ciudad de Midelt. Un total de 2 714 hectáreas son gestionadas como tierras comunales / colectivas por las tres comunidades agrarias étnicas de Ait Oufella, Ait Rahou Ouali y Ait Massoud Ouali. Al mismo tiempo, aproximadamente 1 427 hectáreas son consideradas tierras forestales y son gestionadas por las comunidades. Las tierras han sido confiscadas a sus propietarios mediante leyes y reglamentos nacionales que permiten la expropiación para servir al interés público. La expropiación se concedió a favor de MASEN por

decisión del tribunal administrativo en enero de 2017 y la decisión judicial se hizo pública en marzo de 2017.

Perpetuando la narrativa colonial sobre el medioambiente que etiqueta las tierras a expropiar como marginales e infrautilizadas y, por lo tanto, disponibles para invertir en energía verde, el Banco Mundial —en un estudio realizado en 2018— subraya que “el terreno arenoso y árido solo permite el crecimiento de pequeños matorrales, y la tierra no es apta para el desarrollo agrícola debido a la falta de agua” (Banco Mundial, 2018). Este argumento / narrativa también fue utilizada para promocionar la planta de energía solar de Ouarzazate a principios de la década de 2010. Entonces, alguien declaró:

La gente del proyecto habla de esto como un desierto que no se utiliza, pero para la gente de aquí no es un desierto, es un pastizal. Es su territorio y su futuro está en la tierra. Cuando me quitan mi tierra, me quitan mi oxígeno. (Activista anónimo citado en Rignall, 2012)

El informe del Banco Mundial no se detiene ahí, sino que continúa afirmando que “la adquisición de tierras para el proyecto no tendrá repercusiones en los medios de subsistencia de las comunidades locales”. Sin embargo, la tribu de pastores trashumantes de Sidi Ayad, que lleva siglos utilizando esas tierras para el pastoreo de sus animales, discrepa. Hassan El Ghazi, un joven pastor, declaró en 2019 a un activista de la asociación ATTAC Maroc:

Nuestra profesión es el pastoreo y ahora este proyecto ha ocupado nuestras tierras donde pastan nuestras ovejas. En el proyecto no nos contratan a nosotros, sino a extranjeros. Han ocupado la tierra en la que vivimos. Están destruyendo las casas que construimos. Estamos oprimidos y la región de Sidi Ayad está siendo oprimida. Sus hijos están oprimidos, y sus derechos y los derechos de nuestros antepasados se han perdido. Somos “iletrados” que no sabemos leer ni escribir. [...] Muchos de estos niños no fueron a la escuela. Las carreteras y los caminos están cortados. [...] Al final, somos invisibles y no existimos para ellos. Exigimos que los funcionarios presten atención